

lidades profundas y a mirar las cosas desde puntos de vista elevados y excelsos. Las informaciones y datos no bastan, las correrías a través de la Historia tienen secundaria importancia; lo principal, lo único que interesa es crear y despertar criterio filosófico en los alumnos, provocar y organizar energías de penetración que permitan llegar a la *última ratio* de todas las cosas, troquelar el espíritu de manera que sus plasmaciones denuncien su inconfundible abo-
lengo.

Se dice que el águila toma a sus hijos cuando apenas pueden volar y los acostumbra a desafiar la altura y a sentir sin estremecerse las palpitations de todas las cosas que se mueven a sus plantas; sus ojos atónitos deben reflejar un mundo de formas y colores y seguir el aparentemente casual encadenamiento de los hechos y su inteligencia debe sentir conmiseración profunda por los humildes pajarillos que obligados a rastrear el suelo, ven todo fragmentaria e incompletamente. Entonces se sienten por primera vez las reinas de las aves.

El profesor de filosofía debe como el águila impulsar y conducir a sus discípulos en la penosa ascensión que lleva a la contemplación panorámica de las cosas y a la visión sintética del mundo y de la vida, y esforzarse por revestirlos de estabilidad y firmeza para que serenamente puedan bogar por la región de las ideas sin ser presas de intelectuales mareos.

Ahora, cuando el profesor no es águila sino... pichón de pá-
jaro?...

Gaspar Martin.

Una proyectada anexión

Nadie desconoce que, hoy por hoy, la Facultad de Filosofía y Letras no tiene aún una orientación netamente definida y si bien su enseñanza es útil como cultura general, no da al individuo que sigue sus cursos ningún arma para la lucha cotidiana, cada vez más difícil.

Se sabe también que sus planes de estudio están pidiendo reformas de importancia, que sus alumnos pretenden en vano la validez de sus títulos para ejercer el profesorado, que se busca encaminar la facultad hacia un fin mejor, y por último que nosotros mismos nos encontramos en apuros para contestar, cuando confesando con toda modestia nuestro título de doctor, nos preguntan ingenuamente: ¿para qué sirve eso?

Por tal razón debemos acoger con verdadero interés todos los proyectos que surjan y que propongan un medio para hacer de la Facultad realmente lo que debe ser, una institución científica y de altos estudios. Y no sólo debemos interesarnos, sino aplaudir y estimular todo esfuerzo tendiente a mejorar ese estado de cosas, consi-

derando que si todos los capaces dieran su opinión no sería difícil encontrar la solución deseada.

Pero esos planes de reforma deben ser juzgados con toda calma, sin apasionamientos, a fin de no cambiar lo malo existente por algo peor, criticándolos con toda sinceridad, seguros que nuestras palabras no han de ser mal interpretadas por sus autores, a quienes va desde ya nuestro aprecio y agradecimiento por ocuparse de cosas muy nuestras.

Entre estos proyectos figura el del estimado maestro Juan Agustín García.

El texto dice así:

1.º La Universidad de Buenos Aires gestionará del Superior Gobierno la incorporación a la Facultad de Filosofía y Letras de las siguientes instituciones: Escuela Nacional de Dibujo, Museo Nacional de Bellas Artes, Museo Histórico, Archivo de la Nación hasta 1852, y la fundación de un Conservatorio de Declamación.

2.º Bajo la base de lo expresado en el artículo anterior la Facultad de Filosofía organizará un plan de cursos populares de estética aplicada a la industria. A este efecto se recabará del gobierno la creación del Museo del mueble y de las Artes decorativas.

Voy a permitirme hacer acerca de él un ligero comentario.

A mi modo de ver, puede justificarse en parte la incorporación del Museo Histórico Nacional y del Archivo de la Nación, por los estudios históricos que se efectúan en esta casa, los cuales no tienen siempre la base práctica que sería de desear; pero aún permaneciendo independientes podría hallarse la forma de que los alumnos adquieran en ellos la necesaria práctica de manejar documentos.

En cambio no creo conveniente, la anexión de la Escuela Nacional de Dibujo. Si se entiende esta para meros fines administrativos, no discutiré porque el tema no es de mi incumbencia, pero si es en cambio para la dirección técnica, tropezaríamos con serios inconvenientes.

Un director debe conocer perfectamente las materias del instituto que dirige, y hoy que la especialización es cada vez mayor, no podremos encontrar una persona que posea tan vastos conocimientos.

Un decano de la Facultad de Filosofía y Letras debe conocerla y, saber lo que le incumbe, ser en cierta manera filósofo; ¿porqué pues exigirle que sea también artista?

Se dice que estos nuevos elementos traídos a nuestras aulas quitarían un poco de esa apatía que está latente en profesores y alumnos; pero me parece que esa no es una razón suficiente: ese movimiento ficticio no compensaría, en modo alguno, la indecisión y el desorden de los primeros tiempos, debidos a ocuparse de esas cosas personas extrañas a ellas.

Los estudios de ambas instituciones no tienen ninguna semejanza entre sí, ni por sus métodos ni por el fin que persiguen.

En la Facultad de Filosofía los métodos empleados son los científicos, los positivos como los de cualquier otra facultad, y se enseña en ellas ciencias, para llegar, en lo posible, a las últimas conclusiones de éstas.

En la Escuela Nacional de Dibujo, sus alumnos no necesitan para nada de razonamientos profundos; su conocimiento por ser artístico solo se basa en la intuición, en el estudio constante de la naturaleza y de las obras de arte.

El fin de los últimos es llegar a ser artistas, es copiar, transformando según su temperamento, los mil aspectos de la naturaleza; el fin de los primeros es desentrañar de esta naturaleza sus múltiples problemas, sin apartarse, a riesgo de hacer solo metafísica, de los métodos experimentales. En una palabra: ellos tienden a crear, nosotros a investigar.

Se me dirá que en la Facultad de Filosofía y Letras se estudia Estética e Historia del Arte y que esas materias tienen cierta afinidad con la tarea del artista. Nada es en mi opinión, más inexacto: si bien el artista puede conocer esas materias, no le son indispensables, sobre todo Estética de acuerdo con los programas de esta Facultad, para el ejercicio de su arte. Poco le importa saber la opinión de Platón ni de Guyau acerca de la belleza, ni menos aún conocer la teoría de Marco Pilo referente a la emoción estética. Lo que el debe procurar es dar a sus obras ese algo aún no bien definido, que se traduce en nosotros en un estado psicológico denominado emoción. El saber porque se produce ésta, es asunto del filósofo, quien por otra parte, poco le importa, para poder analizarla, saber como se hace un cuadro.

En último caso me parece tan poco justificado el anexar la Escuela Nacional de Dibujo a la Facultad por el solo hecho de que en esta se estudia Estética, como lo sería el de incorporar la Facultad de Medicina con el pretexto de que nosotros tenemos una materia titulada Biología.

Y si no es necesaria esa anexión, menos lo es a la del Museo Nacional de Bellas Artes, institución de por sí autónoma, cuya misión: la conservación de cuadros y la compra de los mismos, no son asuntos universitarios; y no puedo tampoco considerar como tal la Escuela de Declamación.

En la época actual se prodigan demasiado los títulos: la palabra Universidad sirve para escudar cualquier clase de estudios, aún los más modestos e inútiles, y con ellos se dan diplomas más o menos válidos.

¿Quién de nosotros no ha visto por esas calles de Dios carteles como éste: «Profesor de masajes» — «Planchadora diplomada» — «Universidad gastronómica»?

¿Qué diremos mañana cuando una tonadillera exhiba su diploma en el cual se certifica que egresa de la Facultad de F. y Letras?

Bien está que esas cosas las hagan los que no le atribuyen valor a los términos, pero de ninguna manera debemos ayudarles nosotros y menos aún darles el ejemplo.

En cuanto a lo dispuesto en el Artículo segundo, al no estar de acuerdo con la anexión, los cursos libres de Estética aplicada a la industria, serían más bien asunto de la Escuela Nacional de Dibujo, y los Museos del Mueble y del Arte Decorativa, librados a la iniciativa del Museo Nacional de Bellas Artes y nosotros deberíamos conformarnos con el Museo Etnográfico, que dicho sea de paso, podría muy bien gestionar su autonomía y ser trasladado a un local más apropiado, a fin de que el público pueda admirar las valiosas colecciones que con amor y paciencia fueron reunidas por hombres que hacen honor a esta Facultad.

La juventud es renovadora y acepta con entusiasmo cualquier cambio; pero cuando las reformas lejos de traer un beneficio real, aumentan las tareas (allí está para muestra la reforma universitaria) deben ser muy discutidas antes de aceptarlas.

La Facultad Nacional de Dibujo tiene una orientación perfectamente trazada de acuerdo con sus fines: la de formar buenos artistas; y el Museo Nacional de Bellas Artes el de ofrecer al público una colección de cuadros bien ordenada; ¿por qué entonces llevar a esas instituciones consolidadas ya por el tiempo el inevitable trastorno de un cambio de dueño? ¿Por qué aumentar el trajín de esta Facultad tan tranquila, restando así tiempo y energías para pensar en darle bases mejores?

No; la Facultad de Filosofía y Letras no necesita de injertos de ninguna especie; puede perfectamente afrontar el porvenir sin deber su vida a ninguna institución extraña, porque tiene en ella misma todos los elementos necesarios, si se la orienta (ya que se quiere obtener utilidad práctica) en el sentido del profesorado secundario, dando validez a sus títulos, pues es la única que por sus enseñanzas filosóficas forma profesores de cultura general tan necesarios en el bachillerato.

Esto sin descuidar en modo alguno, el de ser la Facultad de altos estudios, en donde si no hay «materias que enseñen a hacer dinero», como dijo en alguna oportunidad nuestro Decano el doctor Alejandro Korn, las hay de gran utilidad para el espíritu humano que busca siempre un más allá.

Es ésta por otra parte una simple opinión, y espero que en mis frases no se vea más que el deseo de interesarme por la marcha de la Facultad, y de ninguna manera el de hacer crítica irrespetuosa, con quien se merece todo el aprecio de sus alumnos, por su saber y por su dedicación a las aulas.

Herminia Blengino.